

Inglaterra defiende el honor

Suele advertirse en algunos la impresión de que el actual enfrentamiento bélico entre Argentina e Inglaterra obedecería a una simple actitud de mutua soberbia. A una mera cuestión de que ninguno querría "dar su brazo a torcer", por las implicancias políticas que para ambos gobiernos tendría afrontar el orgullo herido de sus respectivos pueblos.

Detrás de esa aproximación al problema fluye, a veces, la pregunta más cruda: ¿a qué fin arriesgarse a sacrificar muchas vidas humanas por un territorio que, en definitiva, todos admiten que habrá de ser negociado internacionalmente por canales diplomáticos muy similares a los que se han seguido, hasta ahora sin éxito, para disuadir el enfrentamiento?

Dicha postura tiene una apariencia sensata. Pero, a mi juicio, esconde una profunda falacia, cual es la de confundir el mero "amor propio" con la defensa de rectos principios.

Cierto es que la virtud de la humildad no sólo obliga a pedir excusas por los propios errores, sino también

a perdonar las ofensas ajenas, y aun a poner frente a ellas la otra mejilla. Ceder el denominado "amor propio", aun aceptando que él sea humillado, representa un rasgo de altísima virtud. Ser incapaz de hacerlo prefiriendo, en cambio, la venganza o el rencor, es un signo claro de orgullo o soberbia.

Pero tales consideraciones son suficientes cuando sólo se trata de una ofensa a ese "amor propio". Si, por el contrario, la ofensa hiere además un principio, no podría eludirse su defensa por quienes tengan el deber moral de defenderlo. En tal caso, sin perjuicio del perdón interior que el ofendido dispense a título personal, le incumbe el imperativo de combatir por el principio atropellado. Callar o limitarse a poner la otra me-

jilla, no sería ya signo de humildad, sino de claudicación y cobardía moral.

Sobre la base de esa distinción básica, no está de más recordar, en una época propensa a olvidarlo, que el honor es un principio del más elevado contenido ético. Lo es tratándose de uno mismo, de su familia y, en mayor medida aún, de la Patria.

¿Qué sentido tendría, en caso contrario, la veneración que —por siglos— todos los pueblos han tributado a sus héroes? ¿Sería acaso el de haber sacrificado sus vidas en supuestos actos de soberbia, rencor o mero afán utilitarista? ¿O es, al contrario, el reconocimiento admirado a quien ofrenda su vida por un principio, por un valor moral, que es el honor de su Patria?

"Ceder el mero 'amor propio' es signo de virtuosa humildad... Pero hacerlo cuando además está ofendido un principio, sería signo de cobardía moral... Y el honor es un elevado principio ético"...



Resulta efectivo que el patriotismo y el honor nacional se han malentendido por muchos Gobiernos, que han intentado separarlos del derecho y la justicia como fuentes legitimadoras. Regímenes o gobernantes guiados por móviles expansionistas ilegítimos, cuando no por simple irresponsabilidad, han invocado torcidamente esos valores, como acaba de ocurrir con la agresión del Gobierno argentino a las islas Malvinas o Falkland.

Ninguna estridencia hará confundir el patriotismo espurio estimulado por dicho Gobierno, con lo que constituye el verdadero patriotismo.

Pero eso no podría asimilarse a la firme y admirable decisión inglesa de ir, en cambio, a una guerra, si así fuese necesario para reparar la agresión que ha sufrido. Lejos de reflejar una supuesta soberbia, esto último enaltece ante el mundo el más puro y genuino sentido del honor nacional, exigido por todo auténtico patriotismo.